

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No hablemos por hoy de arte: hablemos de algo que se le parece mucho en el fondo y que acaso le ha dado origen: del sentimiento popular. Acabo de verlo manifestado en una de sus formas perennes, la religiosa, en una misión de aldea.

Las misiones son como todo: para describirlas, hay que presenciarlas; asistir á la organización casi espontánea de esos *Rosarios*, que entonando cánticos serpean de un modo tan pintoresco, tan vivo, á paso de carga, con la cruz procesional y el estandarte al frente, por los senderos que rodea la zarzamosa, ó carretera adelante, alzando nubes de polvo, andando rítmicamente. Hay que estudiar cómo palpita, de pronto, en la muchedumbre, un soplo de vida espiritual, una preocupación de las cosas ultraterrenales; algo que es ajeno, por lo común, á la vida aldeana, muy práctica, encerrada entre las paredes de unas cuantas necesidades, trabajos y solaces, más del cuerpo que del espíritu. Pero el espíritu quiere su alimento.

La misión atiende también á los aspectos positivos de la existencia; los consejos morales del misionero recaen frecuentemente sobre puntos concretos, combatiendo los hábitos que por el camino de la santidad, la grosería ó el vicio pueden conducir á la ruina. Pero los misioneros le recuerdan al aldeano, sumido en la materia y amodorrado por lo monótono y continuo de la labor, que tiene un alma, y que esa alma hay que purificarla, hay que salvarla, hay que pensar en ella alguna vez; y al recordárselo, les confirma un título del cual se enorgullecen; el título de personas.

El aldeano encanecido sobre el terruño; la mujeruca que marmonea rezos con desdentada boca; el mozalbete en quien empiezan á despertarse los instintos de la pubertad, que inclinan á la delincuencia, oyen con secreto engreimiento que su alma importa á alguien, nada menos que á Dios; que esa alma vale tanto, exactamente, como la del señor que ha llegado á la misión en su automóvil ó en su coche, bien comido y bien trajeado. Si la suerte puede aquí en la tierra cometer injusticias, repartir hambre ó miseria, enviar años de mala cosecha y enfermedades, hay otra vida, hay otro mundo, el de las compensaciones. Faltarán medios, faltará hasta el sustento aquí, pero allá, en la Jerusalén celeste, vela la eterna Justicia. Y el terror de la muerte se atenúa, y el cansancio de la vida trabajada desaparece. La esperanza ha derramado su filtro misterioso.

Yo no sé á punto cierto—es un enigma tal el pensamiento de las multitudes!—si esta gente que camina apiñada, detrás de la cruz parroquial, para llegar cuanto antes al campo de la misión, es creyente toda, y lo es con firmeza; afirmo que lo parece, y no veo cuál otro móvil les había de traer aquí á las tres de la tarde, bajo un sol riguroso. Las sendas resuenan con las oraciones cantadas, y el terreno está agostado, de tanto pie como lo pisa. Diez ó doce parroquias, compactas, acuden todas las tardes, por espacio de ocho ó nueve días, al campo, y se colocan como pueden, apretándose en el suelo; á un lado las mujeres, á otro los hombres; el púlpito, protegido por una especie de marquesina, se alza en el centro y destacándose sobre un fondo de ría azul, de bosques frondosos, de campos y heredades, con abigarramiento de retazos de tapiz cortados caprichosamente; los castaños del soto protegen y sombreaman al inmenso concurso, á los cuatro ó cinco mil fieles, que aguardan. El gentío se instala; unos bancos duros se reservan para los coros de muchachas cantoras, para los párrocos, para el señorío que madruga. Si se descuida, no tendrá más silla que el césped. Algunos

señoras abren sus escabeles de tijera. Los *Rosarios* van llegando, y las cruces alineándose á la derecha del altar improvisado para las misas; los estandartes, de alegre colorido, bordados de lentejuela, descansan también, mientras sus portadores se enjugan la frente, suspiros. Cuando ya se han acomodado todos; cuando todas las cruces de plata reposan inmóviles, destellantes, ligeramente inclinadas, con aire de escuchar también ellas, se oye un rumor ahogado, un murmurio: bajo los castaños avanza por el aire una figura negra, una mujer pálida, melancólica, enlutada, majestuosamente sola; blanquean la cara hermosa y las manos cruzadas: parece viva... Es la Dolorosa, traída en andas, silenciosamente. Sus portadores la depositan sobre una mesa, frente á la concurrencia la triste Faz. Las mujeres la miran con cariño y mueven los labios. Es la Señora, la Patrona. ¡Cuánto ha sufrido!

Después de los rezos, la plática. El misionero está ronco, y al principio se nota el penoso esfuerzo que tiene que realizar para emitir la voz. Estos jesuitas que aquí han venido, al marcharse empalmarán misión con misión, hasta enero. La misión es labor ruidísima; hay que tener salud de hierro para tal faena. Se levantan antes de que amanezca para disponerlo todo; por la mañana exhortan, confiesan, dan la comunión, instruyen á los niños, amonestan á los párrocos, ensayan los coros; apenas les queda una hora para comer. Alzados los manteles, ya están en el campo, esperando la marea de la multitud, colocando, poniendo orden. Para ocupar el tiempo que tarda en llegar el último Rosario, guían los cánticos de las muchachas, que contesta el pueblo; rezan las Letanías, la Salve; piden por que la guerra se acabe felizmente. Cuando ya la concurrencia difícilmente podría aumentar; cuando se han sosegado las parlanchinerías y mosconeos de las mujeres que se empujan y se disputan el sitio desde donde mejor se ve, la campanilla repica y la voz se eleva, resquebrajada, luchando con un principio de afonía. Poco á poco, las cuerdas de la laringe van calentándose, y sale la voz más clara, más extensa, más sonora. Se oye con profunda atención: si hay alguien que converse, le acallan los siseos.

¿Sobre qué versan las pláticas y los sermones? La plática es más familiar; recae en temas accesibles á la comprensión de los aldeanos; el sermón se remonta, y sin género de duda produce menos efecto. De política, ni rastro. En este particular, creo que la misión hasta exagera la nota de abstenerse y huir del terreno peligroso. Apenas una ligera alusión, sin nombrar, una exclamación de pena por los sucesos de Barcelona; tan rápida, tan insignificante, que ni creo haya llegado á percibir la gente del terruño, remisa en comprender lo que se dice á medias.

El lenguaje de los misioneros no es generalmente ni figurado ni elevado. Hablan de lo corriente en términos muy usuales. Lo hacen, sí, con vehemencia y ardor, y ese es acaso el secreto de su éxito, de que aumente la concurrencia hasta no haber, de que se confiesen y comulguen á millares, aquí mismo, en el campo, en improvisadas rejas. La pasión es contagiosa, y la oratoria de los misioneros apasionada, realista. Muchas cosas las designan, no sólo por su nombre, sino por su nombre más expresivo y gráfico. Esas grandes realidades de la vida humana—el pecado, la culpa, la muerte—aparecen de relieve, con violento claroscuro. Hablan al aguafuerte. Y en medio de esta oratoria trágica, en la cual los «ejemplos» tienen el atractivo de lo maravilloso, se entremezclan notas humorísticas, cuentos realmente divertidos y narrados con buena sombra, que por un momento alegran con gesto de risa los semblantes graves, sombríos, los ojos lacrimosos.

Naturalmente, las moralejas fueron para aldeanos, porque el «señorio» venido de los cercanos Pazos, quintas y chalets estaba en minoría; hubiese sido preciso además hablarle de otro modo, tocar otros registros. Un punto en que los misioneros insistieron fué el de la blasfemia. Y les encontré indulgentes con las interjecciones españolas, que no les parecían cosa grave. Respeto su criterio, pero creo que blasfemia é interjección son hermanas. El que se habitúa á soltar las unas, soltará las otras. No son las interjecciones un desahogo, una válvula de seguridad que prevenga la blasfemia: son, al contrario, el resbaladero por donde la blasfemia se desliza. La boca ha de ser limpia en todo, ó en nada lo será.

Tan maquinalmente como el hombre brutal lanza la interjección no atribuyéndole importancia alguna, arroja luego la blasfemia, sin creer tampoco que eso merezca la pena. Por otra parte, la interjección es siempre una obscenidad. Mientras el pueblo cultive la interjección, estará con el pie derecho dentro de la barbarie. Esa interjección, relleno y barniz del lenguaje popular, les familiariza con el cinismo; esa

interjección la pintará en la pared, la aplicará al insulto, la repetirá en familia, la pronunciará ante la mujer, hiriendo su pudor, y no se le caerá ya de los labios. La interjección es la blasfemia humana.

Y ciertamente la blasfemia corroe como una lepra, mancha como un estigma la frente de nuestro pueblo. Un pueblo que no destierra de sus costumbres la suciedad del habla, luchará en balde para ser un pueblo culto. La ecuanimidad, la dulzura, la misma alegría y placidez del vivir, son incompatibles con la blasfemia. Apenas terminada la misión, oímos, en nuestro prado, que difumaban las nubecillas de humo rastro de la *rosa*, una sarta de inmundas blasfemias. Saltamos, corrimos á reprender, á expulsar al blasfemo—nadie debe tolerar que en su casa se hable así—y encontramos á dos trabajadores que luchaban; de la frente del uno manaba sangre ya. La blasfemia había sido, como suele, el anuncio del delito, fácil de transformar en crimen. La ley ha sido aplicada al culpado, y ojalá le corrija. Siempre que escuchéis blasfemar, temed que la sangre corra. Acaso la blasfemia disminuya, si en todas partes la castigan con multa, como aquí se hace. Por cualquier medio hay que redimir á España de la ignominia de la blasfemia, sanearla del paludismo de la interjección.

Hablaron los misioneros también del lujo... ¿Del lujo, en la aldea?, diréis. Sí; en la aldea como en Niza, y casi diré que más, el lujo es un problema contemporáneo. En otro tiempo, el traje de gala de la aldeana costaba un pico; pero duraba, tal vez, dos generaciones, y era precioso, de un colorido encantador, de una gracia arcaica y señorial á la vez. El lindo dengue rojo, el bordado pañuelo, las gayas cintas que sujetaban el *mantelo* ó manto, la saya de grana, las patenas y *sapos* de oro, constituían un conjunto digno del pincel. Todo eso cayó en el olvido. La tradición feneció. Las parejas que á veces, en tiempo de fiestas, bailan para amenizar un número, son de guardarropía. Ninguna rapaza quiere usar el dengue, el pañuelo de ramos, la patena afligrida, el zapato amarillo de lazo azul. No hay sastrer, no hay costurera que sepa dar su corte bizantino al manto. En cambio, pululan las modistas, se multiplican las tiendas de géneros y adornos, los figurines hacen su invasión en la existencia labriega. ¡Y qué invasión! ¡Qué caricatura!

Todos los días de trabajo, en mi parque, una hilera de mozas acarrear tierra en cestos ó pajes, de un desmonte á una hondonada que es preciso rellenar. Van contentas, activas, descalzas, sin medias, con unas haldillas de percal roto, con unas chambras desvaídas, y su pelo, revuelto y embutido de tierra, se pega á su cuello húmedo de sudor. Cuando se dedican á este trabajo, se comprende que estas muchachas no han aprendido labor alguna superior á su condición de aldeanas; que ni saben de plancha, ni de costura, ni de servicio doméstico. Su porvenir es casarse con un labriego también, apilar el estiércol, sallar el maíz. Y viene el domingo, y empieza el reinado del figurín—el reinado de las modistas locales.—El pelo ayer terroso aparece salpicado de peinetas de estrás; el cuerpo ayer libre, á gusto en la pobre ropa, se encaja reventando en un corsé de estos de tubo, con ligas rizadas; el traje es de los estrechos, «princesa», con entredoses de tres dedos de ancho. Un cinturón de seda rodea la rígida cintura. Un imperdible de imitados zafiros la prende. La bota es de charol, y espero el momento en que la mano se cubra con el guante...

No necesito decir lo ridículas que están las florecillas campestres, á veces tan frescas y bonitas, con este disfraz de Carnaval... No necesito insinuar cómo se advierte que son de monte y no de estufa... No necesito explicar lo que se nota que les falta, y el indiscreto revuelo de las faldas denuncia; el verdadero lujo de la mujer de esfera superior, el lujo íntimo y reservado, sin el cual el traje «de moda» es meramente grotesco...

Y los misioneros se lo gritan. «En esa vana tentativa de vestir como las señoritas y las señoras, derrocháis lo que os haría falta para comer nutritivamente, para tener un pequeño peculio cuando os establezcáis, para el mueble indispensable, para el ganado que os ayuda á vivir, para tantas necesidades y tantas conveniencias.» Pero ¿qué puede un misionero contra la modista? No es sólo en la perfumada acera de la rue de la Paix donde truenan Paquin, Laferrier y Vorth; no es sólo en los salones, en los grandes teatros vibrantes de esplendor, de arte y de magnificencia; no es sólo en los casinos internacionales donde el lujo desequilibra y absorbe el jugo del trabajo... También en esta aldea riente, humilde, al extremo de la península, Eva oye á la serpiente, y todo lo conseguirán los Padres... excepto quitar moños.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.